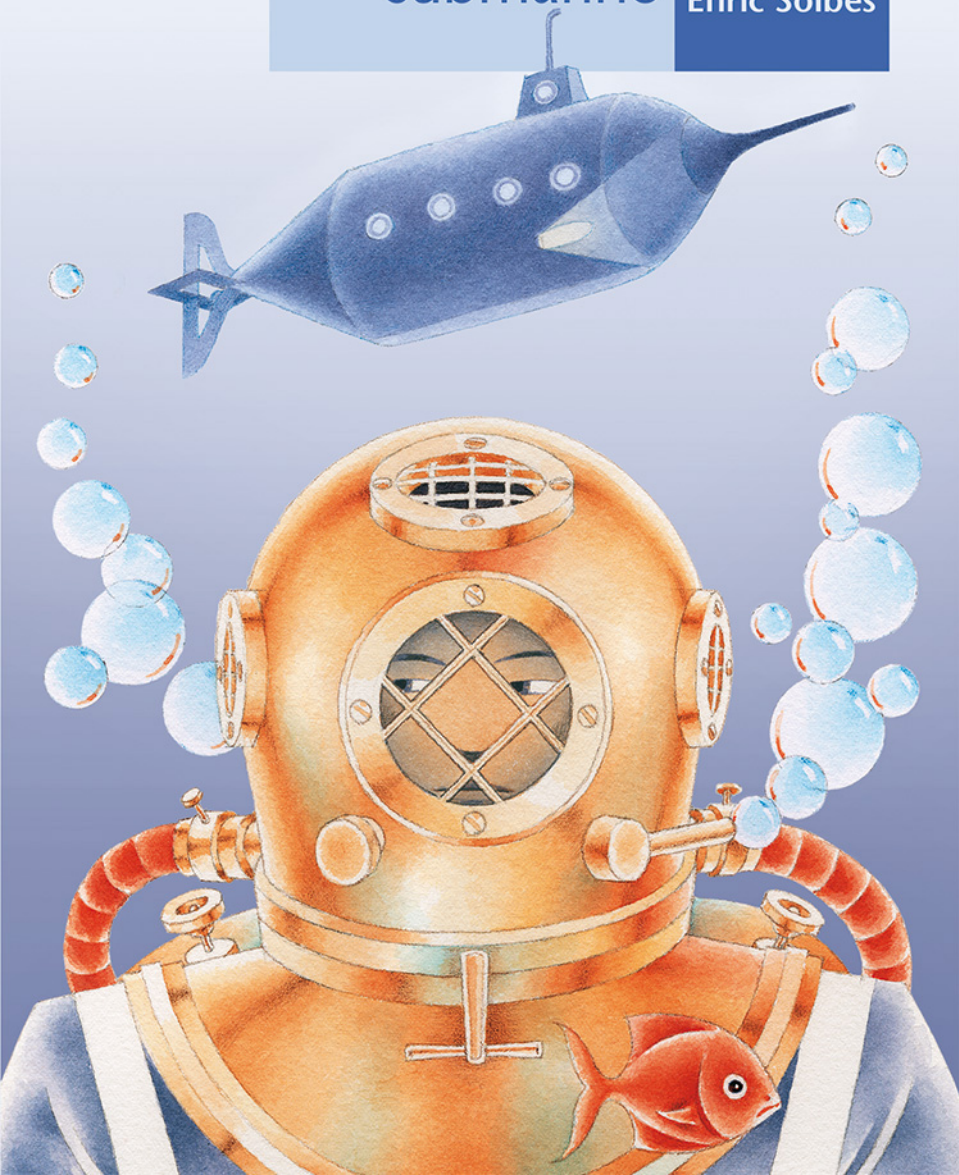


algar

COLECCIÓN
CALCETÍN

Veinte mil leguas de viaje submarino

Jules Verne
Versión de
Jesús Cortés
Dibujos de
Eric Solbes



El monstruo misterioso

Me llamo Pierre Aronnax y, gracias a mi condición de científico, tuve la suerte de vivir una aventura extraordinaria y apasionante.

Todo empezó en el año 1866. En aquel entonces yo era profesor en el Museo de Historia Natural de París. Aquel año, había emprendido una expedición por los Estados Unidos, con el objetivo de desarrollar nuevas investigaciones sobre mineralogía, botánica y zoología. Y fue durante mi estancia en tierras de Nebraska cuando tuve conocimiento de unos extraños rumores de carácter fantástico e inexplicable, que en seguida despertaron mi interés hasta límites insospechados.

Según aquellos rumores, muchos de los barcos que anclaban en las costas norteamericanas decían que se

habían encontrado con «una cosa enorme», alargada y, a veces, fosforescente, que surcaba los mares y los océanos mucho más deprisa que las ballenas. Los lobos de mar no hablaban de otra cosa y los cuadernos de bitácora de los barcos se hacían eco del fenómeno, para el que nadie sabía hallar una explicación.

Muy pronto empezó a hablarse de la existencia de un monstruo marino capaz de nadar a una velocidad de vértigo, puesto que lo mismo decían haberlo visto en las costas de Australia que, pocos días después, en aguas del Atlántico. Los rumores no tardaron en extenderse, como una mancha de aceite a lo largo y ancho del mundo, y no había día en el que en los periódicos de todo el planeta no se publicaran noticias sobre seres imaginarios y fantásticos.

La noticia continuaba más candente que nunca cuando, unos seis meses después de haberse iniciado los rumores, mi ayudante y yo llegamos a Nueva York para pasar unos días en la ciudad y emprender, luego, la travesía de regreso a Francia. Pero nuestra presencia en la ciudad llamó en seguida la atención de los periódicos locales y, por mi condición de profesor de Historia Natural, el *New York Herald* no dudó a la hora de ofrecerme sus páginas para que publicara mi opinión sobre el caso.

Al principio me negué a hacerlo, puesto que mi opinión como científico no se podía basar solo en la serie de rumores y de noticias que había oído o leído. Pero se había producido un avistamiento del monstruo en el Atlántico y, en esta ocasión, el barco que lo había des-

cubierto había sufrido un ataque y estuvo a punto de hundirse. De manera que, a base de insistencia por parte de los reporteros del periódico, me vi obligado a publicar un artículo de cuyo contenido he extraído el resumen siguiente:

«Sin duda –escribí–, las comunicaciones transoceánicas de todo el mundo corren un peligro inminente. La prueba nos la ofrece el ataque sufrido por el navío Scotia en su travesía hacia Liverpool. Se ha dicho que este ataque podría haber sido provocado por una nave submarina, lo que nos obligaría a pensar en una maniobra bélica. Pero todos los gobiernos han negado esta hipótesis y, si les damos crédito, podríamos pensar que nos encontramos ante un animal desconocido hasta ahora por la ciencia. No olvidemos que las profundidades del océano nos resultan del todo desconocidas. No obstante, si tuviésemos que escoger entre las especies marinas de las que ya tenemos algún conocimiento, yo me inclinaría a pensar que nos hallamos ante un narval, un narval gigante».

Convenía recordar que el narval pertenece al orden de los cetáceos y que está armado con unos dientes duros como el acero que hubieran podido perforar perfectamente el casco de un barco como el Scotia. Esta teoría fue muy bien recibida por la opinión pública y en seguida se empezó a hablar de la existencia de un ser prodigioso que surcaba los mares, de un ser que no se parecía en nada a los seres fantásticos e imaginarios de los que se había hablado al principio. Por supuesto, este monstruo

representaba un peligro para las comunicaciones por mar y, en este sentido, lo único que se podía hacer era cazarlo.

El gobierno norteamericano tomó la iniciativa en la persecución y pronto decidió armar la fragata Abraham Lincoln, a cuyo frente se encontraba el comandante Farragut. Tras dos semanas de espera, llegó la noticia de que el animal había sido visto en el océano Pacífico, por un vapor que hacía la ruta San Francisco-Shanghái. Por fin iba a empezar la persecución. Y fue en aquel momento, pocas horas antes de que la Abraham Lincoln zarpara del muelle de Brooklyn, cuando recibí una carta en el hotel donde nos alojábamos mi ayudante y yo. El contenido de la carta era el siguiente:

Profesor Pierre Aronnax:

Hotel Quinta Avenida, Nueva York

Señor Aronnax, si desea usted unirse a la expedición de la fragata Abraham Lincoln, el gobierno de la Unión celebraría que Francia estuviera representada por su persona en esta misión. Si decide formar parte de la misma, el comandante Farragut les espera, a usted y a su ayudante, en el muelle de Brooklyn.

Cordialmente:

J. B. Johnson

Secretario de la Marina

La carta estuvo a punto de saltarme de las manos. De repente, ya no quise pensar en nada que no fuera unirme

a aquella expedición. Yo era un hombre de ciencia y el asunto trataba de la captura de un animal marino que tal vez nadie había visto nunca. No podía desperdiciar una oportunidad así.

–¡Conseil! –grité.

Conseil era mi ayudante. Hacía años que me acompañaba en todos mis viajes. Era un joven muy tranquilo y eficaz. Nunca se quejaba de nada ni ponía mala cara ante las adversidades. Yo sentía por él un afecto muy especial.

–¡Conseil! –grité de nuevo.

Conseil apareció por fin.

–¿Me llamaba el señor?

–Conseil, vamos, deprisa, prepara el equipaje. Nos vamos ahora mismo. ¡Date prisa!

–Como ordene el señor... ¿Qué hacemos con las colecciones?

–¿Las colecciones? Déjalas.

–¿Que las deje, señor? ¿El *Archiotherium*, los *Hyracotherium*, los oreodontes y los demás huesos que hemos descubierto?

–Déjalo todo. Ordenaré que nos lo envíen a Francia.

–¿A Francia? ¿Acaso no volvemos a París?

–Sí, volvemos a París. Pero antes viajaremos a bordo de la fragata Abraham Lincoln.

–Ah, muy bien –dijo Conseil, muy tranquilo, como si no sospechara el motivo de nuestro viaje.

–Se trata del monstruo –le expliqué–, del narval. ¡Saldremos a buscarlo! ¡Será una misión gloriosa! Pero

debemos darnos prisa, la fragata zarpará hoy mismo. Tal vez esté ya a punto de hacerlo.

—Como quiera el señor.

Mientras Conseil preparaba el equipaje, yo me ocupé de pagar la habitación y también di las instrucciones necesarias para que los hallazgos de mis investigaciones fueran enviados de la forma más conveniente al museo de París.

Media hora después, al galope, bajábamos por Broadway, en un carruaje de alquiler que nos llevó hasta Union Square y, desde allí, por las calles que bajaban hasta el puerto, nos condujo al *ferry* que nos trasladaría a Brooklyn. En uno de los muelles del puerto nos esperaba la Abraham Lincoln, con sus chimeneas humeantes.

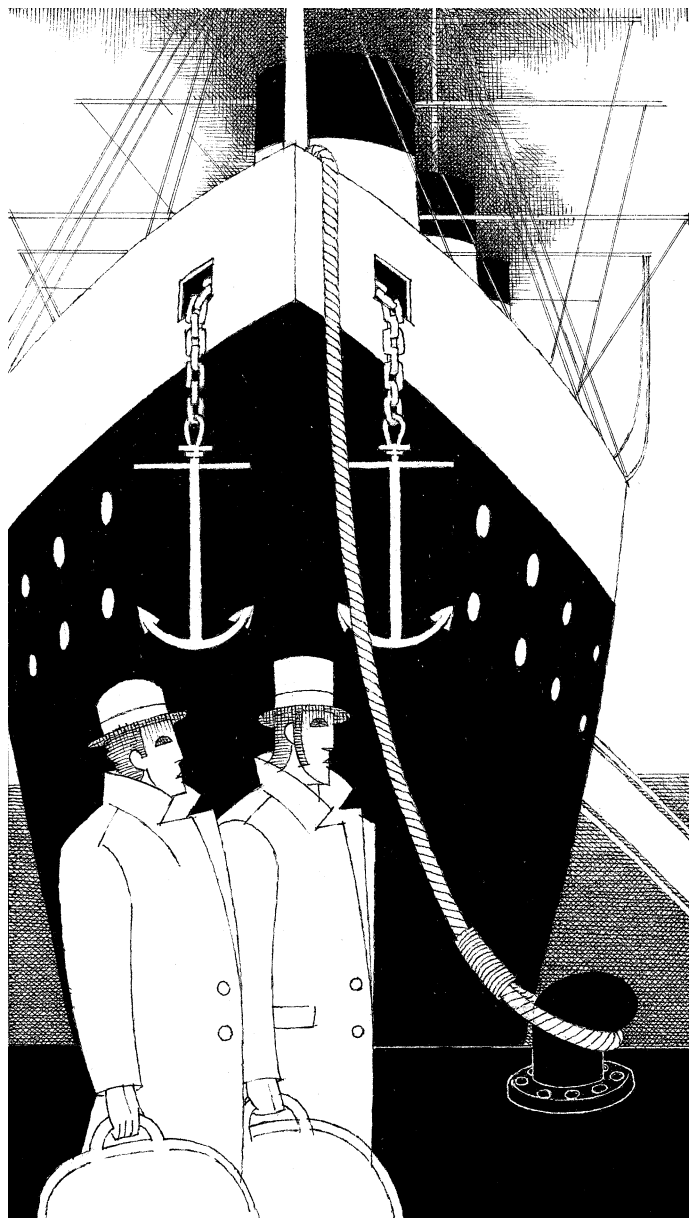
Un oficial de aspecto agradable nos recibió a la entrada de popa. Era el comandante Farragut. Nos saludamos con un apretón de manos y, después de darnos la bienvenida, nos acompañó a nuestro camarote.

—Creía que ya no vendrían —nos confesó—. Es la hora de zarpar y estábamos a punto de soltar amarras.

Yo no pude disimular mi sorpresa.

—Apenas acabamos de recibir la invitación del secretario de la Marina —le respondí, dando gracias por haber podido llegar a tiempo.

Sin dar ninguna importancia a mi comentario, el comandante Farragut nos habló de ciertas decisiones de última hora y, luego, se marchó a dar las órdenes oportunas para zarpar, mientras repetía que ya no podía esperar ni un



minuto más. Conseil y yo nos quedamos en el camarote, deshaciendo el equipaje. Conseil, como siempre, muy tranquilo; yo, en cambio, visiblemente desconcertado, puesto que estábamos a bordo de milagro. Sin duda, y a pesar de la invitación del secretario de la Marina, la Abraham Lincoln no hubiera alterado el horario de partida por nosotros. Y si mi ayudante y yo no nos hubiéramos dado prisa, nos hubiéramos perdido esta aventura tan extraordinaria, tal vez por unos minutos.

Por suerte no fue así. La fragata Abraham Lincoln ya surcaba las aguas del Atlántico y nosotros estábamos a bordo. El destino, gracias a Dios, se había puesto de nuestra parte.